

LOS COMIENZOS DE LA TELEVISIÓN ARGENTINA
EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO.

MIRTA VARELA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES / FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

e. mail: mvarela@filo.uba.ar

Prepared for delivery at the 1998 meeting of Latin American Studies Association,
The Palmer House Hilton Hotel, Chicago, Illinois, September 24-26, 1998.

RESUMEN:

La televisión argentina nace en 1951 con cierto retraso, no sólo en relación con Europa o Estados Unidos, sino también respecto de algunos países latinoamericanos (Cuba, México, Brasil). Esto produce una fractura en un imaginario de pionerismo tecnológico nacional (la Argentina contó con una industria gráfica editorial, cinematográfica y radial importante) y además produce una inserción relativamente atípica de la televisión en el país. Al mismo tiempo, la precariedad del modo de producción, así como la escasez de aparatos receptores que llevan a un consumo público y colectivo durante por lo menos una década permiten pensar esa primera etapa como la más específicamente “criolla” de la televisión argentina en relación con el modo en que es introducida la televisión en otros países latinoamericanos.

Las transmisiones regulares de la televisión argentina comienzan el 17 de octubre de 1951 y las realiza LR3 Radio Belgrano, Canal 7 de Buenos Aires, propiedad del Estado Nacional. Éste sigue siendo el único canal hasta 1960, cuando se instalan varias emisoras privadas en Capital e interior del país que cambiarán definitivamente el panorama de la televisión nacional. Esos primeros años casi nunca han sido considerados como parte relevante de la historia de la televisión argentina en la escasa bibliografía existente ya que son, sin duda, un período extraño en el que se contaba con un único canal, pocos televisores y una programación reducida. Sin embargo, todo período inicial de un medio de comunicación configura desde el punto de vista cultural una etapa particularmente compleja en la que se mezclan representaciones y modos de apropiación donde se encuentran en tensión lo nuevo y lo viejo, lo tradicional y lo moderno, lo propio y lo ajeno. A lo que se suma, en este caso, que el modo en que se instala la televisión en la Argentina produce un punto de inflexión en la historia mediática del país clausurando una etapa previa y dejando fuertes marcas en el imaginario acerca del medio -y me atrevería a decir que también acerca de las posibilidades mediáticas de la Argentina en el futuro-.

Voy a referirme en este trabajo a ese período inicial, describiendo las características centrales del mismo que se presentan como producto de una serie de desviaciones o rupturas respecto de ciertos parámetros presentes en su historia previa y en el contexto de su inserción. Esto es, una desviación respecto de la tradición mediática preexistente en el

país, respecto del modo en que es incorporada la televisión en el contexto latinoamericano y también respecto del contexto de recepción doméstico imaginado en relación con el medio. En fin, quisiera desarrollar estos tres aspectos de los comienzos de la televisión en la Argentina como un caso particular de la historia en que el medio ha sido apropiado por una sociedad, pero también como un modo de repensar las características de los comienzos mediáticos como un período crucial para comprender algunos aspectos del modo en que se lleva a cabo su apropiación así como discutir ciertos presupuestos posteriores.

1. TRADICIONES, MODERNIDADES Y UTOPIAS TECNOLÓGICAS.

La Argentina tuvo una industria gráfica muy importante durante las primeras décadas de este siglo; se trata de un país con un alto índice de alfabetización producto de la tercera Ley General de Educación obligatoria del mundo, dictada en 1884, con una población concentrada en centros urbanos formada por grandes masas inmigratorias preponderantemente europeas. Eso explica en parte el desarrollo temprano de varios diarios nacionales y provinciales, publicaciones periódicas, y libros que llegaron al resto de Latinoamérica y a veces inclusive a España, vía Buenos Aires. En el caso de la industria cinematográfica, no tuvo un desarrollo comparable a las industrias norteamericana o europeas durante la primera etapa, pero resultan destacables, sin embargo, los intentos de algunos realizadores pioneros, tanto desde el punto de vista técnico como intelectual. Por otra parte, si bien no se puede hablar de una industria cinematográfica hasta comienzos de la década del treinta, los primeros filmes de Lumière se proyectaron en Buenos Aires en 1897 y en 1908 se comenzaron a realizar los primeros filmes en el país. Las décadas del 30 y 40 serán un momento de franca expansión del cine argentino tanto por la cantidad de películas como por su capacidad exportadora. La radio, por último, será quizás el medio en el que la Argentina disfrute de una modernidad más acabada. Las primeras transmisiones son casi simultáneas a las de Estados Unidos -agosto de 1920- lo cual quedará en la memoria como un logro nacional y tres años después ya había 60.000 aparatos receptores funcionando.

La televisión ingresa, en cambio, con un retraso que marca su origen y de un modo muy distinto al proceso de incorporación de los medios antes mencionados. Se trata de un doble fracaso: la Argentina no sólo no se encuentra entre los primeros países en contar con transmisiones de televisión sino que llega inclusive más tarde que varios países latinoamericanos. Pero además no logra concretar sucesivos intentos desde el punto de vista tecnológico, ya que la televisión no se instala con tecnología elaborada en el país, como en el caso de la radio. El Estado debe importar los equipos desde Estados Unidos, quienes nos venden materiales que habían sido descartados en lo que será percibido a posteriori como un signo vergonzante de imposición y desdén imperialista. En ese momento la prensa registra el golpe y anuncia las ventajas de la llanura de la Pampa respecto de la geografía de otros países para la nitidez de las transmisiones. No seremos los primeros, pero seguimos siendo los mejores, insisten en afirmar los medios gráficos. Si el desarrollo tecnológico nos es adverso, los recursos naturales - y la Pampa es en este sentido un condensador mítico excepcional- siguen beneficiando las posibilidades de orgullo nacionalista.

De la misma manera, la antena transmisora del canal que fue colocada en un edificio público en pleno centro de la ciudad, se convertirá en el objeto más fotografiado y comentado durante los primeros tiempos. Se trata de un ícono urbano que remite a la idea de tele-visión, en el sentido de posibilidad de transmisión de imágenes a distancia, es decir a los viejos sueños técnicos que finalmente, aunque con retraso, han sido concretados. Pero se trata fundamentalmente de un objeto realizado íntegramente por técnicos argentinos. Los comentarios chauvinistas son recurrentes: mientras para el funcionamiento de otros equipos se traen técnicos norteamericanos, la antena es un símbolo del esfuerzo argentino y el obrero criollo. Sin embargo, las repercusiones no pueden durar demasiado. La televisión hace mucho que ha dejado de ser una novedad y una preocupación técnica para pasar a ser un espectáculo.

Los cambios mencionados respecto de otros medios también afectan a los sujetos involucrados en el desarrollo de la televisión y a las perspectivas imaginadas en relación con el mismo. La radio había sido el resultado exitoso de unos jóvenes pioneros. Pero además su proceso de incorporación y expansión estuvo ligado a cierto tipo de figuras

técnicas populares. Durante algún tiempo se desata una especie de fiebre en relación con la radio cuya condensación se da en el armado casero de los aparatos por parte de los radioaficionados pero también por una parte importante de los sectores populares que encontraron placer no sólo en el consumo de la radio sino fundamentalmente en sus características y posibilidades técnicas. Beatriz Sarlo (1992) caracteriza a estos sujetos como “bricoleurs” que pusieron en juego saberes del pobre armando sus radios con partes diferentes o construidas en forma casera y elementos usados “en lugar de”, de tal modo que siempre resultaba evidente la precariedad del aparato. Se ponía en evidencia la brecha entre el invento original y el resultado final. Se trataba, sin embargo, del acceso a un símbolo de la modernidad de manera precaria, pero posible.

Cuando en 1951 comienzan las transmisiones regulares de televisión en Buenos Aires, hacía por lo menos tres décadas que la televisión era motivo de preocupación entre este mundo de técnicos aficionados que siguieron los procesos de discusión y los resultados de las pruebas experimentales con mucha atención. Aun en medios no especializados, se hablaba de la televisión como un hecho próximo a la vida cotidiana desde los años veinte, cuando la radio permitía imaginar un horizonte cercano para las utopías tecnológicas. Se difundió la bibliografía sobre el tema, se dictan conferencias y se siguen con atención las pruebas experimentales en Alemania e Inglaterra. Todo lo cual nos habla de un público formado por la experiencia de la radio que todavía creía en las posibilidades de repetir el mismo tipo de apropiación respecto de la televisión. Sin embargo, la tecnología televisiva no va a permitir que los técnicos aficionados sigan siendo sujetos activos en el acceso al medio. No sólo por razones económicas, sino porque se profundiza la brecha entre saber y posibilidad práctica. Las revistas populares ya no enseñarán a construir aparatos receptores; a lo sumo darán indicaciones para arreglarlos. De manera que los sectores populares deberán recurrir a otros modos de apropiación que podríamos condensar en el pasaje del tallercito para el armado casero -que describe Sarlo-, al electrodoméstico comprado en cuotas.

Sin embargo, la historia de la televisión no fue lineal -como seguramente la de ningún medio- ya que los caminos preexistentes no fueron clausurados hasta no haberse realizado el intento. Enrique Susini, que había sido uno de los responsables de las míticas

transmisiones radiales en 1920, y que tuvo un rol importante en el desarrollo del cine en el país, será nombrado director artístico de Canal 7 en 1951. Sin embargo, lo que con la radio y el cine había sido una empresa personal, con la televisión requerirá otro tipo de empresa. En el momento en que la televisión se incorpora en la Argentina ya no puede producir esa imaginación ficcional, ese desfasaje entre las promesas y lo efectivamente incorporado a la vida cotidiana porque era una tecnología relativamente “vieja”. Algunas notas mencionan la proximidad de la televisión en colores. Pero ya no hay ningún técnico argentino disputando el invento. La televisión argentina comienza cuando estos asuntos ya habían dejado de pertenecernos.

2. EL MODELO NORTEAMERICANO EN LA TELEVISIÓN LATINOAMERICANA

Los primeros países latinoamericanos en iniciar las transmisiones regulares de televisión son México, Cuba y Brasil durante 1950. Eran por lo tanto los únicos países que ya contaban con alguna experiencia en el medio cuando la Argentina inaugura Canal 7. En los tres casos se trata de inversiones realizadas por empresarios que tenían intereses en medios gráficos o la radio y, salvo en el caso de Brasil que puede ser pensado como un intento más “local”, se trata de empresas conectadas de una u otra forma con empresas norteamericanas. De hecho, casi toda la televisión del continente -salvando los casos chileno y colombiano que son a su vez muy distintos entre sí y pertenecen a un momento posterior- sigue el modelo norteamericano de televisión privada comercial.¹ Este modelo va a marcar tanto la composición del mapa económico de la televisión latinoamericana como su programación, a veces casi exclusivamente norteamericana con casos en los que superó el 90% de la misma. Por otra parte, las mismas empresas eran las que importaban los aparatos receptores, con una política que tendió a la expansión rápida del medio, a veces también incentivada por la competencia entre más de una empresa.

La televisión argentina se instala como señalamos antes, como un emprendimiento del Estado, pero que no seguía modelos con perspectiva de servicio público y no descartaba la publicidad y la programación comercial para su financiamiento. Su director, Jaime Yankelevich, había sido el dueño de una de las radios más importantes del país -Radio

¹ Fox, 1990.

Belgrano- que había sido censurada y clausurada primero, y expropiada por el gobierno peronista, poco tiempo antes, en una maniobra muy confusa. El canal se instaló en la Ciudad de Buenos Aires y hasta 1960 no hubo canales en el interior del país. Los televisores fueron importados hasta 1958 y eran objetos verdaderamente caros. Es decir que no hubo una política de crecimiento hasta el momento en que se licita la apertura de los canales privados y poco tiempo antes se comienzan a fabricar los televisores en el país lo cual abarata enormemente su costo.

Esta situación produce un largo período que abarca prácticamente toda la década en que la televisión no se convierte en un medio realmente masivo y sin perspectivas claras de crecimiento. Pero, por otra parte, permite desarrollar cierto tipo de producciones locales importantes. Por tratarse de un medio que todavía no puede convocar a las grandes estrellas de la radio y del cine de la época, ni tampoco a su personal técnico, se conforma un núcleo muy joven, que hace sus primeras experiencias en el espectáculo en la televisión. Durante la segunda mitad de la década, particularmente, en que hay un momento político más propicio para ciertos grupos de actores y directores que venían del Conservatorio de Arte Dramático y algunos autores del teatro, se realizan intentos de producciones importantes en televisión. Con cierto gesto vanguardista se busca experimentar con una técnica que resultaba novedosa, a partir de propuestas realistas y con preocupaciones sociales en general. De esta forma se realizan telenovelas, unitarios y ciclos de teatro que marcarán hitos importantes en su intento por imponer una televisión de calidad artística con posibilidades de acceso a un público más amplio que aquel del teatro independiente de donde provenían muchas de las propuestas. No es casual que muchos de los autores y actores provenían, desde el punto de vista político, de distintas variantes de la izquierda. Se trata de un período en el que se produce una mixtura extraña entre la enorme precariedad técnica y el juego con los límites de esa precariedad en un espacio que todavía se vislumbraba como posible. Pero estos intentos van a quedar en cierta forma clausurados en el momento en que comienzan a funcionar los canales privados con pautas de producción industrial en 1960, momento que por otra parte coincide con una menor homogeneidad en el campo intelectual y por lo tanto con un quiebre de las perspectivas imaginadas respecto de la televisión. Pero además con la expansión de un discurso muy

negativo respecto de las posibilidades artísticas del medio. Ese período inicial, sin embargo, dejará rastros: la televisión argentina siempre tendrá que recurrir a programación local para poder mantener ratings de audiencias elevados a diferencia de otras televisoras de Latinoamérica.

3. TELEVISIÓN Y ESPACIO PÚBLICO

En tercer lugar es necesario considerar el modo en que la televisión fue incorporada desde el punto de vista de la recepción ya que si bien se descontó su uso doméstico tal como había ocurrido en otros países, tanto el precio de los televisores como la falta de crecimiento del primer canal durante tantos años influyeron para que la televisión de este período haya estado ligada a los espacios públicos. Pero además, creo que fue particularmente importante el contexto de percepción de lo público durante esa época en la Argentina, si lo comparamos con aquellos países donde la posguerra supuso una valorización positiva de la vuelta a la domesticidad. De allí que se planteara una paradoja entre la presentación que las publicidades hacían del medio, la planificación del Estado y el modo en que efectivamente fue consumida.

Una de las publicidades de televisores más difundida en los medios gráficos argentinos durante el primer año de transmisiones, por ejemplo, decía: “Vea cómodamente desde su casa cine, teatro, box con un televisor Capehart” o Sylvania, según el caso; y el dibujo reproducía un televisor donde se veía una escena romántica o un ring de box o un partido de fútbol. El público, en éste y otros avisos, era una familia tipo, sentada en un típico sillón de clase media pero que estaba vestida como para ir al cine y se quedaba, de un modo artificioso, mirando atentamente la pantalla. En los mismos diarios y revistas donde se publicaban estos avisos, se habla de la distribución de cinco mil pantallas por distintos lugares de la ciudad para la inauguración de las transmisiones. Se anuncia con entusiasmo la donación de televisores a las escuelas de la ciudad de Buenos Aires y otras instituciones educativas. También se distribuyeron por el circuito de locales políticos peronistas. La inversión estatal y la planificación del peronismo respecto de los medios no se limitó, por lo tanto, a la transmisión sino que consideró la espectación pública. Es obvio que planificó un circuito centralizado de propaganda política, mientras alimentaba la utopía de una

televisión utilizada como herramienta educativa. Pero también es cierto que todos los testimonios recogidos recuerdan que esos mismos televisores, distribuidos con intenciones políticas, sirvieron para ver fútbol, box y carreras automovilísticas. Si bien la programación de esa primera época incluía la transmisión diaria de la tarea de gobierno (las cámaras se trasladaban a la Casa de gobierno o a la residencia presidencial), lo cual ratificaría lo señalado hasta aquí, no es eso lo que ha perdurado en la memoria de quienes conformaban entonces su audiencia. Varios informantes recuerdan haber ido a ver partidos de fútbol a vidrieras de negocios de electrodomésticos. Otros relatan cómo iban a ver televisión en Unidades Básicas², clubes de barrio o bares.³ La televisión durante ese período es algo que “se va a ver”, en muchos sentidos más parecida al cine que a la radio. Se trata de un objeto extraño y escaso. Son escasos los televisores cuyo precio los convertía en un símbolo de status, y también el horario -apenas cinco o seis horas desde la tarde y algo más los fines de semana-. Era escaso el único canal. Pero esa escasez también volvía a la televisión un hecho relevante que acentuaba su ritualidad. Ir al club o a la casa del vecino convierten a la televisión en otro modo de sociabilidad urbana.

Esta característica es, en verdad, asimilable a muchos otros “comienzos”, ya que siempre los objetos tienen un período de prueba y costo elevado y podríamos rastrear el mismo fenómeno en otros países (Bechelloni: 1990), aún en aquellos que fueron pioneros en la instalación de la televisión (Boddy: 1995). Sin embargo, creo que en el caso de la Argentina -y es probable que en otros países de América Latina- la televisión padece una asincronía constitutiva. Las publicidades que proponían la intimidad del “fuego hogareño” como atractivo para la compra del televisor estaban tomadas de los modelos norteamericanos de la época, donde el valor de la domesticidad tenía connotaciones bien distintas. Ya se ha vuelto un lugar común relacionar el desarrollo de la televisión con el período de posguerra en el que se exacerbaban los valores relacionados con la familia, el hogar y el ámbito privado. Estos valores de ninguna manera podían ser recreados en el caso argentino, aunque las revistas de espectáculos tradujeran la imagen literalmente. Cecilia Tichi (1991) interpreta que se trata de un ícono norteamericano que condensó

² Ese es el nombre que se le da a los locales partidarios peronistas.

valores complementarios: el hogar como ícono patriótico presente en la literatura norteamericana desde el siglo XIX y como símbolo de domesticidad exacerbado por el período de posguerra en el que Estados Unidos “crea su cultura televisiva”. La vuelta al “hogar” en ese contexto comporta sentidos diversos que la televisión, según Tichi, sabe explotar oportunamente.

En la Argentina, la televisión no puede ser asimilada como en Estados Unidos a ningún ícono nacional o patriótico si tomamos en consideración el corte que se produce en el imaginario de progreso y pionerismo tecnológicos tal como desarrollamos en el primer punto. Pero además el período de construcción de la cultura televisiva argentina coincide con un período en el que se exagera la ocupación de los espacios públicos urbanos. El peronismo logró mitificar su espacio público por excelencia, la Plaza de Mayo, frente a la casa de gobierno, el lugar hacia donde se dirigieron las masas en la concentración que se convertirá en hito fundacional del movimiento peronista⁴ que lo seguirá ocupando en las reiteradas movilizaciones. Pero también es una época signada por la ocupación de las calles de paseo, los cines, los teatros, los restaurantes, los bailes, el carnaval. La calle Lavalle, la avenida Corrientes y el “Centro de los grandes espectáculos” componen una geografía nocturna y masiva del espectáculo porteño. Nuevos sectores acceden a esos consumos y su presencia es uno de los datos más significativos de la cultura de la época. En ese contexto no parece arbitrario que el Estado distribuyera televisores para su recepción pública y la primera televisación fuera un acto multitudinario.

Se ha señalado en varias oportunidades la relación entre las características de los textos televisivos y su recepción doméstica. Las comedias familiares, las telenovelas y todos aquellos géneros televisivos que proponen una representación de la familia como una forma de ofrecer modelos de vida familiar y de domesticidad correcta, especialmente para el ama de casa instalada en los suburbios después de la guerra (Tichi, 1991; Spigel, 1992). Más allá de ese contexto histórico preciso, la televisión ha promovido esquemas de percepción de lo doméstico que siempre se han relacionado con las pautas de recepción

³ Para una ampliación de este punto y detalles metodológicos de este aspecto de la investigación puede verse Varela, 1997.

doméstica del medio. En el caso de la televisión argentina, las comedias familiares y las telenovelas fueron y son aún géneros centrales dentro de la programación. Se trata de matrices que ya estaban presentes en la programación radial previa y que se siguieron explotando en la televisión con mucho éxito. Sin embargo, la impronta de las transmisiones deportivas y de sucesos políticos es muy fuerte durante este período.

Las primeras imágenes transmitidas por la televisión argentina fueron los discursos de Perón y Evita durante un acto multitudinario en la Plaza de Mayo en conmemoración del 17 de octubre. La segunda transmisión será un “Clásico” del fútbol nacional (San Lorenzo-River). Es a propósito de este acontecimiento que los medios gráficos registran por primera vez el fenómeno del público viendo televisión frente a las calles. La elección de estos acontecimientos habla de la política del gobierno respecto de los medios de comunicación y de la importancia del fútbol en la sociedad argentina. Pero también de un modo de recepción que nada tiene que ver con las anticipaciones publicitarias. Tanto en la primera transmisión, donde se aludía a un hecho político, propagandístico y pedagógico, como en la segunda, donde se anunciaba la televisión comercial, la televisión representaba encuentros multitudinarios a los que se suman una ciudad asombrada e impaciente frente a la novedad de las pantallas de televisión. Con esto no quiero decir que en otros países no haya ocurrido lo mismo, sino revisar ciertas generalizaciones acerca de la “domesticidad” televisiva.

CONCLUSIONES

En los puntos anteriores hemos intentado describir algunos aspectos salientes del modo en que se incorpora la televisión a la historia mediática argentina, sin pretender con ello agotar su análisis. Privilegiamos, en todo caso, aquellas cuestiones que se presentaban como problemáticas respecto de ciertos parámetros imaginados previamente para el país o en comparación con otros países durante el mismo período. En todos los casos, se nos ha presentado la idea de un cierto desvío o desfasaje. Con ello no pretendemos plantear ningún tipo de originalidad en esta historia, sino una particularidad entre tantas. Una

⁴ Se trata de una movilización relativamente espontánea de las masas obreras desde el suburbano hacia el centro de la ciudad realizada el 17 de octubre de 1945 con el objetivo de liberar a su líder, el entonces

particularidad regida por la precariedad y el destiempo en el acceso a la modernidad que significa la incorporación de un medio de comunicación.

Uno de los primeros cameraman de la televisión argentina, refiriéndose al modo en que había armado un cañón para adaptar una de las cámaras para la transmisión de telecine, dijo: “quedó un aparato no digamos precario, pero sí a la criolla”⁵. De esa manera daba cuenta de un modo de acceso a la tecnología donde se trasluce un estilo nacional caracterizado por la tensión entre la precariedad y la experimentación. Un estilo donde la precariedad y la creatividad parecen no poder diferenciarse del todo, pero donde siempre existe el riesgo de que la precariedad, el error o la diferencia se vuelvan visibles. Se trata, también, de aquello que lleva a ver televisión de a muchos en un club de barrio o a usar el televisor de los locales partidarios para ver espectáculos deportivos. Desde la producción o desde la recepción, la televisión se presenta durante esa primera etapa como algo que no puede ser completamente apropiado y paradójicamente, sin embargo, como el último intento de experimentación de una televisión criolla, esa tensión entre lo tradicional y lo moderno, el único estilo posible.

BIBLIOGRAFÍA

- Bechelloni, Giovanni. “¿Televisión Espectáculo o Televisión Narración?” en: AA.VV. *Videoculturas de fin de siglo*. Madrid: Cátedra, 1990.
- Boddy, William. “The Beginnings of American Television” in: Smith, A. (Ed.) *Television. An International History*. New York: Oxford University Press, 1995.
- Fox, Elizabeth. *Días de baile. El fracaso de la Reforma de la televisión en América Latina*. México: FELAFACS-WACC, 1990.
- Sarlo, Beatriz. *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1992.
- Spigel, Lynn. *Make Room for TV. Television and the Family Ideal in Postwar America*. Chicago, The University of Chicago Press, 1992.

Coronel Juan Domingo Perón que había sido encarcelado.

⁵ En una entrevista personal.

Tichi, Cecelia. *Electronic Hearth: creating an American Television Culture*. New York: Oxford University Press, 1991.

Varela, Mirta. “De cuando la televisión era una cosa medio extraña. Testimonios sobre la primera década de la televisión en la Argentina” en: Margulis, M. y Urresti, M. (comps.) *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.